

ROSA GARCÍA PEREA

*¿Quién te pidió,
que no le otorgases?*



PREGÓN DE LAS GLORIAS 2021



¿Quién te pidió, que no le otorgases?

Pregón de las Glorias 2020

Rosa García Perea



Rosa García Perea, o mejor dicho Rosario, nombre heredado de su abuela paterna, nace un 8 de julio de 1965 en Coria del Río. Desde pequeña siempre fue una niña inquieta, amante de los libros y de contar historias. Durante su niñez estudió en varios colegios, siendo el religioso de Santa Isabel y la figura de la entonces directora, Madre Enriqueta, quienes marcan su vida religiosa y su inquietud por todo el mundo creativo. Poeta sin remedio desde niña, inicia su trayectoria literaria en 1992 quedando finalista en el Premio Nacional de Narra-

tiva “Punto de Encuentro” de Uruguay, con la obra *El Caleidoscopio*, que se publicó en Montevideo. En 1996 publicaría en Uruguay *No te vayas*. Colaboró en el libro de versos *Pasos en la azotea*, en México. En España, en 1999, colabora en *Ciudad Sur*, y *Pásame el Paté*. En 2001 ve la luz su primer libro de poemas *Jirones de Azul*. Dos años después publicaría *Las tres miradas del Cíclope* y en 2006 *Como las manos de Pandora*. En 2012 publica la novela *Soy lo peor*. En el 2018 publicó *Manual para crear un club de lectura* (Berenice) y en 2019 *Breviario para las malas mujeres* con la misma editorial. Ha impartido durante años talleres de Creación Literaria, y de Estimulación de la Creatividad Poética y Jornadas de Fomento a la Lectura para niños y para adultos. Dirigió la Editorial Jirones de Azul junto a Esperanza García. Actualmente es editora en Almuzara. Es colaboradora habitual de programas radiofónicos y televisivos, así como de diarios de prensa. Cofrade sevillana, con especial vinculación con las Hermandades de Glorias, siendo hermana de la Salud de San Isidoro, Montemayor y la hermandad de los Sastres donde desempeña la función como camarera de la Virgen. Poco amante de pregones, solo se la convence a través del cariño, como ha ocurrido con la Hermandad de la Sed, *El Llamador* de Canal Sur o las Glorias sevillanas. Solo Ellas consiguen sacarla de su mundo de libros, familia y gatos.

*Para ti, hermano anónimo que cuidas con mimo
el universo maravilloso de las Glorias de Sevilla.*



Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla

De los textos: © ROSA GARCÍA PEREA, 2021
De la edición © Consejo de hermandades y cofradías de Sevilla, 2021

Primera edición: octubre de 2021

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Imprime: Cadeis

ISBN:

Depósito Legal:

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

<i>Introducción</i>	9
1. Búscala Sevilla.....	13
2. No me desampare tu amparo, no me falte tu piedad, no me olvide tu memoria	21
3. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá?	27
4. Si tú me olvidas, ¿quién se acordará de mí?	33
5. Si tú, que eres Estrella de la mar y guía de los errados, no me alumbras, ¿dónde iré a parar?	41
6. No me dejes tentar del enemigo, y si me tentare, no me dejes caer	45
7. Y si cayere, ayúdame a levantar	49
8. ¿Quién te llamó, Señora, que no le oyese?	55
9. ¿Quién te pidió, que no le otorgase?	61
<i>Epílogo</i>	67

Introducción

Dime Madre, ¿te temblaron las manos cuando se inundó de luz tu casa en aquel pueblecito de Galilea? ¿Acariciaron tus sienes las palabras de aquel bendito mensajero: *Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo?*

¿Te recorrió un repelucó de miedo cuando a tí, a una dulce y humilde nazarena, Dios le mandaba, entre los labios del ángel, la misiva más difícil, la más comprometida, la que depositaba en tu vientre la responsabilidad de la salvación del mundo? ¿Qué sintió tu corazón cuando escuchaste:

¿Quieres, María, ser la Madre de Dios? ¿Quieres amamantar los labios que nos enseñarán a rezar el padrenuestro? ¿Quieres acariciar las manos que clavaremos en el madero de la indi-

ferencia, una y otra vez? ¿Quieres sentir dentro de tu cuerpo los latidos del corazón del Rey de reyes? En definitiva, María, ¿quieres ser la madre de tu Dios?

Y yo te imagino abrazándote el vientre y sosteniendo con firmeza la mirada de Gabriel, serena, sonriente, como sólo lo hacen las mujeres valientes, a las que no se les rompe la voz cuando dicen:

Hágase en mí, según tu palabra. Hágase en mí tu mirada, hijo mío. Háganse en mí los pasos que te llevarán hasta Getsemaní. Háganse que yo te seguiré porque en esos pasos estará la Verdad. Hágase en mí el dulce tacto de tus manos, manos que curarán leprosos. Leprosos de cuerpo y leprosos de alma.

Hágase en mí el eco de voz que proclamará las bienaventuranzas que llenarán de claridad este mundo oscuro y ausente, este mundo enfermo, ay cómo de enfermo...

Hágase en mí que mi vientre será tu primer hogar. Mi vientre será el hogar de Dios. Mi vientre será un dulce sagrario. Hágase en mí todo esto que es la Gloria que se viste de felicidad en esta tierra bendita de Sevilla.

Y esa vocación visceral de madre te gritará que una vez que sus ojos te miren ya no serás dueña de ti misma, sino de tus palabras.

De esas Palabras que vestidas de compromiso se harán carne como se predijo y que dibujarán tu destino y el suyo, el de un Hijo y una madre, unidos ya para siempre.

Porque tu corazón te dirá que en el instante en que beses sus pequeñas manos, notarás entre sus dedos cómo estará decidido el designio del mundo, de un mundo que no lo va a reconocer como su Rey. De un mundo que no dudará ni un instante en dejarle morir en el madero.

Por eso, Virgen Santa, por eso Madre mía, por eso mujer valiente entre las valientes, aquí tienes a esta pobre pregonera que no tiene otro objetivo que aprender de ti.

Y que ha buscado entre estas torpes palabras trenzadas la forma de reflejarse en tu fortaleza, en tu entereza.

Porque yo quiero ser como tú, María, ser como esa gran mujer que no tuvo miedo, ni un ápice de miedo cuando supo que todo merecería la pena por tener a su Dios entre los brazos.

Déjame que te estreche entre mis brazos,
y que te aparte el pelo de la cara.
Que mañana, tarde, noche y madrugada,
yo te acune, hijo mío, en el regazo.

Que quiero dibujarte trazo a trazo
y bordarte hilo a hilo en la mirada,
desde el día que el ángel te anunciara
el repeluco de amor que aún te guardo.

Y es que no puedo creerlo vida mía,
que Dios con su bondad pensara en mí,
y en mi vientre sembrara esta alegría,

que nueve meses después iba a parir.
Por eso, que si ser tu madre quería,
al Ángel, sonriendo, contesté que sí.

1. Búscala Sevilla

Gracias, gracias por esperarme tanto tiempo.

Gracias por no olvidaros de mí, a pesar de la tormenta de miedo y ceguera que nos ha inundado.

Gracias, gracias por haberos cuidado, para que estemos, si no todos por desgracia, casi todos.

Gracias, en fin, por estar aquí conmigo, cogiéndome la mano.

Yo vengo de una generación de mujeres valientes.

Mujeres que recortaban con la verónica de sus manos los estragos del hambre. Manos de mujeres que cogían aceitunas, que amasaban un pan escaso para muchas bocas, que cosían puntada a

puntada hasta la madrugada por un mísero jornal, que enterraban a los hijos que la miseria les arrebatava con la condena de la pobreza.

Mujeres que soñaban con poder ir al colegio para defenderse de aquella cárcel de inquietud. Mujeres de corazón hermoso para el prójimo, al que abrían la puerta de su casa, la de su vida, la de su plato casi vacío de comida. Porque el que comparte lo poco que tiene es el mejor de todos.

¡Ay Dios, qué difícil era todo y con qué naturalidad me lo contaba mi abuela Gabriela!

Y para mi honra, para mi orgullo de mujer, mi sangre viene de esa veta, de esas manos nudosas de olivos retorcidos de la campiña de Marchena.

Manos manchadas de harina que empuñaban la *pintaera*, ese sello que talló mi abuelo en la rama de un olivo, para que mi abuela pudiera poner nombre a la hogaza anónima cocida en el horno común. Con la J de José y la P de Perea, esa hogaza era única. Esa hogaza era el nombre de su familia.

Y ese es mi escudo de linaje, mi logro heráldico, mi biografía apócrifa... El mejor de mis tesoros y uno de los referentes de cada uno de mis pasos.

Porque la historia, la vida, la verdad, la escriben las valientes. Las mujeres valientes como María.

Porque en las manos de todas las mujeres de mi casa está la bendición de la Virgen María.

Porque María también amasó con esfuerzo el pan que borraba la mancha del hambre de los labios de su Hijo, de los labios de su Dios.

María alimentando a Dios es la imagen del amor de madre que quiero perpetuar en el mapa que dicta el camino de mi vida.

Yo miro las manos de mi madre, recuerdo las de mi abuela y veo el roce de los labios de la Virgen en ellas. Como busco la mirada de mi madre en el amor de María. Y la encuentro, os lo aseguro.

El amor de María que nos apuntala el alma cada mañana cuando cuesta tanto trabajo salir al mundo. Ella que nos toma la mano y nos empuja hacia fuera.

Ella, que está en lo cotidiano de tu vida. En cada esquina, en cada revoloteo de los vencejos que son los mejores pregoneros sin atril de esta ciudad.

Ella que nos dice ¿De qué tienes miedo, sevillano? ¿Qué te amarra al dintel de tu puerta? ¿Qué hace que agaches la mirada si alguien te pregunta por la medalla que llevas en el pecho? ¿Por la estampa que llevas en tu cartera? ¿De qué tienes miedo, sevillano? ¿De que alguien cuando enciendas el ordenador vea en la pantalla la ima-

gen de tu Virgen y se ría de ti? ¿Te da miedo admitir que cuando vas a dormir cierras los ojos sin llamarla, sin nombrarla, no hace falta, porque su rostro te acuna como lo hacía tu madre? ¿Qué indiferencia hace que cierres la ventana cuando por debajo pasa como una ráfaga de fe y luz, para llenar de alegría tu calle?

Alegría... porque las Glorias son la alegría de Sevilla, no te engañes.

Por eso, no tengas miedo, sevillano, y sal a la calle, búscala. ¡Búscala, en cada calle!

En cada café que te tomas leyendo el periódico. En cada semáforo que cruzas deprisa. Sin darte cuenta de que cada instante que vas tachando en la cuenta del tiempo de tu vida, es un regalo de la Madre de Dios, un pequeño milagro que se desvanece en un pestañeo.

Ven, sevillano, dame la mano y deja que te cuente que es Ella la que tiene la llave de este sueño. La que cuidó a la niña que fui y que ahora es la mujer que le escribe estas torpes palabras. Ven conmigo, vamos a buscarla en esta ciudad que es el laberinto de los sueños.

Que quiero que la Madre me señale el lugar exacto donde el espejo pierde el azogue. Porque es ahí, justo ahí, por donde se cruza al otro lado, sevillano.

Al universo de las Glorias de Sevilla.

El Universo de los brillos recatados de las sayas que quieren ver ya la calle. De las ráfagas que enmarcan el milagro de la sagrada maternidad. Del oro de los pasos que quieren convertirse en sol radiante en la procesión. De las flores que acompañan orgullosas a la más humilde de las nazarenas.

A la Virgen casi niña con serenidad de mujer, porque su vientre bendito ha acogido a Dios hecho Niño, al Niño hecho Dios.

Por eso, sevillano, coge la medalla de tu hermandad, guárdatela en el bolsillo, y échate a la calle. Porque Sevilla no existe, no te engañes. Sevilla sólo se materializa en la retina de nuestros deseos.

Porque cada sevillano, tiene una Sevilla marcada con el hierro de la ganadería familiar. Una Sevilla propia. Una Sevilla indivisible que en nada se puede parecer al resto.

Y no te estoy hablando de callejones y azulejos de tu casa, de penumbras de conventos o de azahares desterrados de primaveras perdidas. Todo eso es el decorado (maravilloso decorado) que acoge como un relicario al espíritu de esta Sevilla que inventamos y perpetuamos en nuestra memoria. La que no se olvida porque no es un recuerdo.

Sevilla es parte de ese enjambre barroco que cada uno hemos construido en nuestro cerebro.

Por eso, sevillano, Sevilla no existe. ¡A Sevilla la creamos nosotros!

La crean nuestros pies escribiendo su historia golpe a golpe en cada paseo del universo de las Glorias. ¿Y qué son las Glorias en Sevilla?

La felicidad de la sagrada maternidad derramada gota a gota en cada una de nuestras cabezas, como una lluvia de alegría desbordada.

¡Petaladas y cohetes! ¡Música y gentío!

Todo es poco, hermano, todo es poco para celebrar que la Madre de Dios es sevillana y su bendito hijo vive entre nosotros.

Así que cógeme la mano, y llévame a escribir cada adoquín. Llévame a dibujar con la suela de mis zapatos los caminos. Las esquinas que nos sorprenden con lo que ya existía en nuestros sueños.

Porque si Sevilla es el mapa en blanco de nuestra alma, la Virgen María dibuja para nuestra felicidad los cuatro puntos cardinales.

Eres brújula que lleva a buen puerto.
Mar en calma, luna clara en horizonte.
Arroyuelo que alimentara el monte.
Oasis para errante en el desierto.

Sueño anhelado que se hace cierto
contigo no hay miedo que no afronte
ni desconsuelo del que no remonte
contigo, Madre mía, es cielo abierto.

Aquí estoy por fin para pregonarte
las Glorias que Sevilla está esperando.
Que es la mejor forma de rezarte

La que está ciudad aprendió rogando
y rezo a rezo, paso a paso, contarte
que las heridas por fin están cerrando.

*2. No me desampare tu amparo,
no me falte tu piedad,
no me olvide tu memoria*

Decía el escritor alemán Jean Paul que «La memoria es el único paraíso del que no podemos ser expulsados». Y en mi memoria habita un paraíso dorado, elegante y dulce que se llama Amparo.

Y allá por el mes de noviembre, cuando los días se vuelven perezosos dejándole terreno a la noche, la elegancia que es alquimia en la Magdalena, va dejando su estela por la calle, dorando las miradas que expectantes aguardan su llegada.

La Virgen del Amparo, amable y exquisita lleva a su hijo con la misma delicadeza que su prioste Ana le ha colocado el rosario antes de salir.

Ese rosario con el que el Niño Jesús juega travieso, tan juguetón como la pequeña Lucía que ha llenado de luz los ojos de su madre Ana.

Qué bonitas son las manos del bendito niño jugando con el rosario, como si contara una a una las plegarias que su madre recibe, y le parecieran pocas.

Mientras, Ella, la majestuosa Virgen del Amparo, nos bendice con su carita ladeada y su mirada pensativa... Aunque no.

Yo les aseguro que no. Lo parece, pero no.

La Virgen del Amparo no tiene la mirada pensativa, se lo discuto hasta a Roque Balduque si hiciera falta.

La Virgen del Amparo sonrío y te mira a los ojos directamente. Por lo menos a mí.

Porque verán, existe en el paso de la Virgen del Amparo un rincón mágico, un rincón que sólo conocen unos pocos, un rincón casi secreto, pero que yo, ahora que no nos escucha nadie, se lo voy a contar a ustedes:

Si se ponen justo detrás del contraguía derecho, y miran hacia arriba, la Virgen les devuelve la mirada.

Esa mirada de corazón alado y sonrisa tenue, esa mirada que va dorando todo lo que toca.

Esa mirada que detiene terremotos, el de Lisboa y el del corazón de esta pobre pregonera.

Y aquella noche de noviembre, esa última noche en la que no sabíamos cuánto tardaríamos en verla en la calle de nuevo, abrazada por la sonrisa de su camarera y por el amor infinito que esconden los ojos verdes de Paquibel¹, se me rebeló el secreto.

—Ven, Rosa, ven, ponte aquí abajo y mírala, verás cómo la Virgen te devuelve la mirada.

Y vaya si te la devuelve, Paquibel..., vaya si te la devuelve.

Por eso, búscala sevillano, como yo la busqué. Porque una vez que la encuentres ya no querrás nada más en la vida que quedarte en ese rincón bendito.

Sentir el calor del manto que te arropa, de ese manto que es lluvia para la sequía del corazón de esta pregonera.

Ay madre del Amparo, déjame que me acurruque en este paraíso dorado de tu media sonrisa.

Déjame enredarme en tus manos como las cuentas del rosario lo hacen en las manos de tu Hijo.

1 Paquibel Ruiz García, Teniente de Hermano Mayor de la Hermandad del Amparo.

Ojalá pudiera quedarme aquí, amparada en tu mirada, a salvo de todo y de todos. Pero no puede ser. Sé que no puedo arrebatarte tanto amor a tantos. Y te dejo ir en busca de otros corazones a los que poner alas.

A detener otros terremotos que dejan tantas almas apuntaladas cerradas por derribo. Tantas soledades a la que vas dorando y llenando de luz...

Vuelvo en mí, el gentío me arrastra e intuyo que ya te vas, madre mía.

El paso se levanta, el capataz me mira y alguien me dice: *Niña, a ti te he escuchado yo en la radio, tú tienes una voz muy bonita, te va a salir muy bien el pregón, ya verás.*

Yo asiento con la cabeza y sonrío, porque no me salen las palabras, aunque de lo que me dan ganas es de abrazarlo.

La prioste Ana² me aparta con cariño, el paso tiene que seguir me dice con ternura Paquibel.

Pero la Virgen no quiere que me olvide de lo que acabo de vivir, de su mirada, y en ese momento ¡cae una flor del paso justo a mis manos!

2 Ana Amparo Cerrejón Lozano, Prioste primero de la Hermandad del Amparo.

Una cala para decirme que no me quedo sola.
Una cala blanca de pureza para recordarme
quién está arriba del paso. Quién me ha soste-
nido la mirada. Quien me ha dado la lección
más hermosa, la de la humildad y la valentía.

La que sostiene en sus brazos al hijo de Dios
hecho hombre y que nos da las fuerzas para que
seamos nosotros los que detengamos los terre-
motos de nuestra vida.

Por eso sevillano, ¡búscala! que se llama
Amparo y cuando te mira, tu corazón echa los
zancos al suelo.

Yo buscaba, Madre mía, tu consuelo,
en noviembre, aquella dorada noche.
Y encontré en tus ojos el derroche,
dulzura solazada en un revuelo.

Tanto me atormentaba este desvelo.
Que llenaba mi calma de reproche.
Sin reparar que tu manto era broche.
Que ya cerraba heridas en su vuelo.

Y quisiera ser cuenta del rosario,
que enredara las manos de tu hijo,
para que el roce de las tuyas a diario,

desbroce poco a poco el acertijo.
Virgen del Amparo, dulce sagrario,
refúgiame bajo tu santo cobijo.

3. Si tú, Señora, me dejas, ¿quién me sostendrá?

Dice un proverbio africano que la unión del rebaño obliga al león a acostarse con hambre. Y es que el rebaño además de unido, debe estar pastoreado con buena mano.

Y nosotros, los sevillanos tenemos la mano de nuestras Pastoras para que el león que siempre acecha no pueda ni siquiera acercarse.

Pastora como la que vive en San Vicente porque así lo quiso el propio Fray Isidoro.

O la que vive en Triana como bien me recordaba mi querido Juanma Labrador³. Juanma que ha sido un ángel de la Guarda con barba estos meses de dura espera para el pregón. Y al

3 Juan Manuel Labrador, periodista sevillano.

que le aseguro que puede dormir tranquilo, porque su hermano Paco está junto a Ella allí en Santa Ana.

O que vive en Capuchinos, donde comenzó todo como bien me lo contó mi amigo del alma, el que reza entre encajes y alfileres, mi Antonio Bejarano⁴.

O que vive en la calle Amparo, que es la sede de la hospitalidad cofrade.

Y lo testimonian las pastas que cubren este pregón.

Y sobre todo la bellísima imagen que acompañaba en el interior cuando mi querido Francis⁵ me las entregó envueltas en las frases más bonitas que una pregonera podía escuchar.

Pastoras que cuidan desde distintos rincones de esta ciudad de su rebaño con mimo.

Pero lo que no podía imaginarse esta pregonera es que la Virgen se iba a ir metidita en su corazón, muy lejos, muy muy lejos. Cinco mil kilómetros, nada más y nada menos.

Se lo voy a contar:

Muy pocas semanas antes de que la dichosa

4 Antonio Bejarano. Periodista sevillano y magnífico vestidor de imágenes de culto.

5 Francisco Javier Segura Márquez, profesor y músico sevillano.

pandemia nos encerrara en casa, Ángel y yo pusimos rumbo a Israel. A Tierra Santa.

Una de las primeras visitas que realizamos fue a Nazaret, a la Basílica de la Anunciación.

Les voy a confesar que yo soy un poco hurona, un poquito metida para dentro, y me cuesta mucho conectar con los espacios cuando hay mucha gente, como que me estorban...

Y allí había muchísima. Mucha, mucha. Demasiada.

Gente ávida por conocer la gruta de la Anunciación, lo que sería la casa donde la Virgen vivió de niña, y donde el Ángel le anunció lo más hermoso que una mujer puede escuchar, que iba a ser madre.

Yo me salí buscando un poco de sosiego.

En la Basílica hay una galería decorada con mosaicos alusivos a la Virgen que han llegado desde los países más remotos. Posiblemente en las manos de algunos peregrinos. Con una iconografía que nos muestra a la Madre con los ojos de sus hijos, tomando la estética de las distintas razas que podamos imaginar.

Allí encontré a la Virgen con los ojos rasgados, o con la piel oscura, o los rasgos de una princesa azteca.

Me alejé un poco del grupo, para ver con tranquilidad cada mosaico, y de repente allí estaba, como si la hubiese llevado el mismísimo capuchino fray Isidoro.

Un pequeño y bellissimo retablo de la Divina Pastora que desde hace unos años llena de luz sevillana la noche en Nazaret.

Y aquella noche llenó mi desasosiego de calor de hogar, arañando los kilómetros, porque cuando su mano te acaricia, como acaricia al cordero que acoge hacia su regazo, las distancias se disipan y ya no sientes miedo, ya no sientes soledad, el único sentimiento que te llega es el de su abrigo.

Nazaret era mi casa, tenía los sonidos de mi ciudad. Y me sentí pequeña, como el rostro inocente de la Pastora. Porque la miraba y la veía jugando de niña, allí en su casa.

La Divina Pastora paseando por esos espacios, llevándole agua a Santa Ana, abrazando a San Joaquín, cuidando de su rebaño, como ahora, como siempre lo ha hecho, regalándonos la protección que te da el saberte en tu hogar.

Porque el hogar de cada uno está dónde el corazón se siente a salvo.

Cuando yo buscaba el calor de mi hogar,
encontré la puerta de tu casa abierta,
la lumbre encendida para el alma alerta,
y tu dulce regazo para descansar.

Ven, hija mía, me pareció escuchar.
Yo te guardaré de esta noche incierta,
porque en mi corazón hallarás la puerta
de un dulce relicario de serenidad.

De Nazaret a Sevilla hay un suspiro,
porque tu bendición así lo implora
y es que a vivir en tu oración aspiro,

porque esta noche todo mi ser te añora.
Dulzura y valentía que tanto admiro,
Madre buena, luz, fe, Divina Pastora.

*4. Si tú me olvidas,
¿quién se acordará de mí?*

La gloria, en verdad, no es otra cosa que un olvido aplazado, decía Ramón y Cajal.

Pero él no hablaba de nuestras Glorias, hablaba de esa gloria mundana que a veces perseguimos sin sentido. Aunque esta frase me ha venido muchas veces a la mente durante los largos meses de incertidumbre.

Cuánto nos ha dolido el olvido de esta pandemia, cuánto han luchado las hermandades de Gloria para seguir sobreviviendo, para seguir ayudando, para seguir siendo lo que son, la embajada de la alegría de la Virgen María en los corazones de los sevillanos.



Virgen de Montemayor.
Dibujo realizado por Manuel Barragán Rasero.

Cómo han cuidado para que la palabra de Dios no se diluyera en este tsunami de enfermedad y soledad que nos ha asolado.

Qué trabajo tan duro hay detrás de cada hermandad, y qué poco se conoce.

Cuánta generosidad detrás de cada hermano que limpia plata, que arregla papeles, que recoge alimentos... siempre mirando hacia el frente, sin esperar un reconocimiento, un homenaje, una distinción...

Hermandades que por vecinas, se hacen casi hermanas. Qué te hace falta hermano, que aquí estamos nosotros.

Qué bonita es la vecindad en las Hermandades de Gloria, hermanos. Y cuánto vamos a echar de menos a nuestra vecina Adela, que ya está en los brazos de su Virgen de la Cabeza. No hay mejor Gloria, Adela, no la hay.

Porque, hermanos, las Glorias son eso, humildad, trabajo, devoción... Y es que el sevillano vive en perpetuo estado de Gloria. El sevillano, y el moguerense.

Que el pueblo de Moguer instaló hace más de 60 años una embajada del amor de sus cielos azules en la calle Ancha de Feria. Se llama Montemayor y cuando le miras la cara toda la luz de Moguer te tiende los brazos.

Vino, y vino para quedarse, para que Sevilla se hermanase, de la mano de Manuel Alcalá y de otros devotos, con su tierra de Moguer.

Devotos de la Virgen de Montemayor, que quisieron rendirse sin tregua a la evidencia azul de la luz, y trenzar el cielo sevillano con el cielo moguereno.

De esa luz que sólo habita en la trampa de los ojos de los que miran a esta Virgencita que tiene el rostro sonrosado como si fuera una peregrina más en su romería.

Yo miro a mi Virgen de Montemayor y se me pone la sangre de pie como decía la copla.

Se me llenan los pies de romero, y el paladar de piropos. Y quisiera llenarla de flores.

Como la Rosa de Pasión que lleva hoy, encargo hermoso de mi querido doctor Pérez Bernal, y que es el recordatorio del mayor gesto de amor y caridad que podemos tener, el de la donación de órganos. Dar luz en la oscuridad...

Y es que ay qué ver cómo son las cosas... Dios creó la luz el primer día y Moguer le alarga le tardes porque qué cortitas son las horas al lado de Ella, ¿verdad, Ana?

Que para el moguereno no hay distancias. Ni del pueblo a la ermita, ni del pueblo a la mismísima Catedral. Y aquí estáis ¡¡Por fin!!

Hoy Sevilla tiene otro color.

Tiene el color de San Juan de la Palma que se ha vuelto moguereno, el olor del campo y la romería.

La sonrisa de su gente, y la fe de un pueblo que reza riendo, porque ¿qué puede ser más alegre que rezarle a su Virgen?

Todas las tardes, el cielo será azul y plácido; y tocarán, como esta tarde están tocando, las campanas del campanario. Decía Juan Ramón Jiménez.

Y yo lo imagino, escribiendo, paseando, creando los mundos que después habitaríamos nosotros entre sus páginas.

Lo imagino mirando el rostro encendido de la Virgen de su pueblo, con la misma mirada certera que tienen los creadores.

Como la mira Manuel, el hijo de Ana, la hermana mayor, al que su Virgen le ha regalado el don de transmitir el amor de Dios a través de sus pinceles.

Ay, Ana, cuánto consuelo nos han dado los dibujos de tu hijo en casi estos dos años de espera, cuánta serenidad para rendirle devoción a tu Virgen, a nuestra Virgen.

Y digo nuestra porque hace unos meses que tuve el honor de que me pusieras la medalla de hermana, porque nada une más que el miedo, y hemos pasado tanto, ¿verdad, hija?

Y nosotros del defecto hemos hecho virtud,
porque supimos que la espera si la recortába-
mos juntas, sería menos espera, más llevadera,
menos dolorosa.

Y ya estamos aquí, hermana, ya estamos aquí,
Madre.

Se han posado, Virgencita, en tu cara
los rayos de este sol que en ti se inicia.

Rozando tus mejillas cual caricia,
y trenzando en tu cabello una tiara.

Por eso tu sonrisa es agua clara
que nos calma esta sed con delicia,
quitando penas y dando justicia,
a todo el que a tus pies se postrara.

Montemayor, Sevilla te llama.
Y Montemayor tu Moguer te espera.
Al verte hoy tan bien acompañada,

qué suerte ha tenido esta pregonera,
que Moguer entera está aquí sentada
y en el pregón tú estás a mi vera.

*5. Si tú, que eres Estrella de la
mar y guía de los errados, no me
alumbras, ¿dónde iré a parar?*

Nunca hubo una ciudad más cercana al mar que nuestra Sevilla. Y no me he vuelto loca. Aún no, déjeme tiempo...

Esta ciudad que ha sido Puerto de Indias y que aún guarda ese sabor marinero. Esta ciudad que en el mes de julio se vuelve carmelita sin oleaje.

Busca a la Virgen marinera, sevillano, búscala que se llama Carmen, como los tres pilares de mi casa, las tres Cármenes, mi madre, la que inicia, mi hermana la que continúa y su hija, la que da color al futuro.

Búscala, que se llama Carmen y te espera en Santa Catalina, allí donde el mudéjar y el gótico

jugaron al ajedrez y quedaron en tablas después de casi quince años de espera. Cómo brillaban los ojos de sus hermanos cuando se abrieron de nuevo sus puertas.

O búscala en Calatrava, donde la Cruz del Rodeo la guarda en ese pequeño relicario donde la ciudad se vuelve ermita a un extremo de la Alameda.

O búscala en San Leandro, donde un barrio se viste de gala para verla salir entre naranjos y niños correteando en la plaza.

O búscala en Triana, donde se convierte en capitana de un puente que fue de barcas y siempre será de ella.

Búscala, sevillano, búscala, que se llama Carmen y vive en San Gil, donde mi madre iba a rezarle antes de entrar a trabajar, pidiendo que a sus hijas no les faltara nunca de nada.

Y la Virgen del Carmen se lo concedió, porque nunca nos ha faltado lo más importante, su amor.

El suyo y el de mi padre, que siguen siendo guardianes celosos de la felicidad de sus tres hijas. No es mala empresa...

Ay Virgencita del Carmen de San Gil... Puedo imaginar a mi madre, guapa, a rabiar, con esos ojos verdes que son la red protectora para los

saltos mortales que la vida ha ido sembrando en mi camino.

Mi madre que no conoce el miedo, iba a pedirle fuerzas a esa Virgen de rostro ladeado, de labios dulces que tienen el color de los besos, esa Madre buena que te mira y te envuelve en su halo de serenidad. Esa serenidad que solo puede tener un nombre: Carmen.

Ay Virgen del Carmen, que vives en San Gil, al lado del Arco por donde las plumas de mis armaos garabatean en su techo cómo se reza en Sevilla ¿verdad, Richard?

Y donde el amor de unos hermanos cabe en las puntadas del escapulario más hermoso que una pregonera puede llevar.

Este escapulario de la Virgen del Carmen es el pequeño cofre donde los hermanos de San Gil supieron guardar los buenos deseos para este día, para este día que ¡por fin ha llegado!

Un escapulario que ha vivido cerquita de mi corazón desde que bajo la mirada de su Madre pusieron en mis manos para que me protegiera, y así ha ido, que aquí estoy de una pieza.

Llevará prendido este escapulario
los rezos de mi madre con mi infancia,
del azahar de tu puerta la fragancia,
y la alegría de la fe de un barrio.

Con corazones como relicarios
que por julio te pasean con elegancia,
porque en este amor nunca habrá distancia
de mi boca a las cuentas del rosario.

Que no tengo más ley que tu presencia.
Tantos recuerdos los que mi alma clama.
Porque este escapulario dictó sentencia

de cadena perpetua y así proclama
que tu Amor borrará mis ausencias,
porque en San Gil vives, y Carmen te llaman.

*6. No me dejes tentar del enemigo,
y si me tentare, no me dejes caer*

Se llama Pura y Limpia, y vive en el Postigo.

Búscala, sevillano, que fue testigo mudo de tu grandeza. La grandeza que hizo que Sevilla fuera la puerta del Nuevo Mundo.

Búscale la mirada dulce detrás de su reja, con sus manos delicadamente unidas por las puntas de los dedos.

Dejando hueco entre ellas para las tuyas, para todo aquel que pasa por delante y se pare a rezarle.

O mejor aún, dejando hueco entre sus manos para el que pasa y ni siquiera la mira.

Porque ése, el que no la mira, es el que más la necesita.

El que más precisa refugiarse en ese pequeño hueco, donde cabe tanto, tanto como en el corazón de una madre.

Corazón abierto de par en par, como la puerta que custodias, que no hay aduanas ni aranceles que te impidan entrar a refugiarte.

Y es que allí llegó una noche fría de invierno esta pregonera, y sintió el refugio de calor de tus hijos.

Refugio de calor al que tantas veces he acudido descansando mi rostro entre los barrotes de tu reja.

Que cada sábado en la hora mágica del Ángelus, la pequeña capilla se vuelve galeón valiente donde cabemos todos para rezarle.

No la dejes esperando...

Por eso, sevillano, sal y cruza el Postigo, ya vengas de una orilla o de otra, que no hay mayor consuelo para esta orfandad que nos congela el corazón, que la mirada dulce y elegante de Santísima Virgen María en su Pura y Limpia Concepción.

Búscala que te está esperando.

Y es que tienes tan dulce la mirada
mi Virgen Pura y Limpia del Postigo,
que los goznes del Arco son testigos
de los rezos de este alma enamorada.

Con tu preciosa carita ladeada,
yo quisiera soñar siempre contigo.
Que mi corazón latiera al abrigo
del fiel compás que marca tu pisada.

Por eso a los barrotes de tu reja
me agarro como náufrago olvidado,
que el hueco de tu manos se asemeja,

al refugio del nido inesperado,
donde mi corazón se desmadeja
para rendirse y quedar siempre atrapado.

7. Y si cayere, ayúdame a levantar

Dejadme que le haga un hueco, aquí entre nosotros a Santa Teresa de Jesús cuando nos decía

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!

Y es que como decía Graham Greene: es imposible ir por la vida sin confiar en nadie; es como estar preso en la peor de las celdas: la de uno mismo.

Y a los que se sienten presos por dentro y por fuera los cuida una Virgencita con los ojos almendrados que se llama Mercedes, y que vive en la Puerta Real.

Es la protectora de aquellos que nadie quiere.
Los últimos en el escalón de nuestras plegarias.

Los que detrás de una reja no pueden recibir el beso de una madre.

Aquellos que cogieron el camino erróneo y cumplen condena en prisión.

Que Ella besa cada uno de los eslabones de sus cadenas. Porque es Madre y una madre nunca abandona.

Ya me lo contaba, Manolito, que arrancaba una a una las hojas del almanaque en la prisión del Sevilla I:

“Mire usted, señorita, los primeros meses vienen a verte los amigos, la familia, la novia, pero pasa el tiempo y al final, al final... todo el mundo se cansa o se olvida de ti, y sólo quedan en la sala de espera las madres”.

Y así es, así lo veía yo cada tarde de viernes cuando llegábamos los voluntarios a la cárcel.

Madres abrazadas a una bolsa llena de comida, de ropa, de alguna foto, como la que se abraza a un rayo de esperanza, pensando que esa hora de la visita era lo más parecido a la Gloria para ellas (¡¡Las Glorias!!).

Y es que hay tantas Glorias...

Madres como Eusebia, que me enseñó una estampa de la Virgen de las Mercedes porque

ella era la protectora de los presos, la protectora de su hijo, que por un mal paso estaba allí.

Así se lo había contado el cura de su barrio y así me lo contaba ella, con los ojos llenos de luz, llenos de fe, besándola con tanto amor como besaría a su hijo.

Como si con cada beso que Eusebia bordara en aquella estampa, la condena de su hijo se fuera reduciendo poco a poco, hasta tenerlo de nuevo entre los brazos, como cuando era un niño y aún su camino no se había torcido.

En aquella estampa, desgastada, de la Virgen de las Mercedes de la Puerta Real estaban todos los besos de esas madres.

Ay, Dios mío, cuánto cabe en una estampa...

Y yo miraba a la Virgen de las Mercedes y miraba a Eusebia, y me parecía que entre ellas se habían fundido las noches de insomnio, los desvelos, las tristezas... todo en el horno candente de la fundición en lo que a veces se convierte la vida.

Por eso, sevillano, búscala, búscala, allí donde empieza la Cuesta de San Laureano.

En esa capillita donde lo pequeño se engrandece cuando queda a la merced de los ojos más almendrados que puedes imaginar.

Que de su mano se aprende a caminar derecho, sin más brújula que su sonrisa.

Que esa sonrisa de terciopelo rojo te va borrando oscuridades y te va marcando con una x donde se encuentra el tesoro en el mapa de tu vida.

Búscala y mira sus manos, que en ellas encontrarás los grilletes que a todos nos atan.

Que para estar preso, no es necesario estar en la cárcel.

Que son demasiadas las veces que somos nosotros los más duros carceleros.

Los que más apretamos los grilletes que nos impiden salir.

Búscala y pídele que abra todos los cerrojos de tu alma, aquellos que tú mismo echaste por miedo o por desidia.

Búscala, sevillano, búscala y pídele que indulte tu condena.

Hallo en tu sonrisa tanta claridad
que el buen camino me vas alumbrando.
Siento, Madre mía, como vas guiando
mis pasos sin dudarlo hacia la verdad.

Se engalana mi alma de serenidad,
cuando al fin en tu capilla voy entrando.
Y me arrodillo frente a ti rezando
pidiendo que me regales tu bondad.

Virgen de las Mercedes, Madre santa,
rompe los eslabones de mi cadena,
que la vida poco a poco me quebranta

Bórrame de esta vida la condena
Llena mis soledades de esperanza
Virgen de las Mercedes, Madre buena

8. *¿Quién te llamó, Señora,
que no le oyeses?*

Hay en la iglesia de San Idelfonso, la que está enfrente del convento de San Leandro, donde las monjas rebozan trocitos de Cielo en azúcar, una Virgen serena, muy serena, con la mirada baja y el gesto noble, de realeza.

Que para eso es la Reina, la Virgen de los Reyes, la patrona de los Sastres, mi *Costurera*.

Flanqueada por San Fernando y San Hermenegildo, no se puede ser más sevillana a pesar de su aire castellano.

Sostiene entre sus manos al Hijo de Dios como un tesoro, pero ofreciéndolo porque sabe que el destino de ese Niño es salvarnos del nuestro.

Allí llegué yo hace muchos años, de la mano de uno de sus hijos. Mi madre fue sastre de soltera y a mí me gustó el patronazgo de la Virgen.



Virgen de los Sastres.
Dibujo realizado por Manuel Barragán Rasero.

Por eso cuando nos invitaron a varias mujeres a verla vestir, yo acepté encantada.

Y llegué como se llegan a las cosas que van a cambiarte la vida, sin darle la menor importancia.

Cuando entré en San Idelfonso, la Virgen ya estaba en la capilla de la Pila Bautismal.

Mientras Manolo Ojeda (su vestidor) y las camareras despojaban a la Virgen de la saya, yo miraba más curiosa que devota, tengo que confesarlo.

Siempre me ha fascinado ese rito sagrado y cotidiano que encierra el culto a las imágenes.

Pero cuando me pidieron que ayudara a quitarle el rostrillo, me puse frente a Ella y lo entendí todo.

Entendí que allí estaba mi verdad.

La que venía buscando hacía años y ella sostenía en esa sonrisa leve, enigmática, en esa sonrisa que te borra todas las cicatrices.

Allí estaba, y allí está.

Acompañando mis noches insomnes desde la foto de mi escritorio, donde lucho con un manojo de palabras para decir, al final, siempre lo mismo.

Que el mundo renace en esa mirada dulce.

Que es su mirada la que me borra los pliegues de las dudas, la desolación del rencor, el tiempo de las mentiras.

Tiene mi Costurera el perfil sobrio y la sonrisa leve, imperceptible.

Una sonrisa a medida de mis plegarias.

Porque si estoy triste, Ella llora conmigo. Pero si estoy alegre... ay si estoy alegre... mi costurera sonríe y se enciende toda la iglesia.

Y si no que se lo digan Loli⁶ o Avelina⁷, que han visto como en cada alfiler que quitamos cuando tenemos el privilegio de estar cerquita de Ella, van ensartados cada uno de los deseos de sus fieles.

Madre bendita de los Reyes, Costurera bendita de mis noches, aquí vengo buscando Tus Manos para derramar todos los besos que te debo.

Esos besos que curan más dándolos que recindolos.

Esas Manos que tienen el sabor antiguo de los abrazos perdidos.

El del dolor que te mira de frente y reconoce el miedo.

Manos que otorgan y callan. Manos de Madre.

Aquí me tienes, Madre mía, fíjate... tí que me conoces mejor que nadie, y que sabes de mis temores, de mis tristezas, abre tus manos para

6 Loli Hald n, camarera de la Virgen.

7 Avelina Marcos, camarera del Niño.

mí, para que pueda depositar los sentimientos de una hija que se arrodilla delante una Madre que está en Todo y que Todo lo puede.

Y al mirarte solo quisiera estrecharte contra mi pecho templado de madurez, y susurrarte acariciándote el pelo, que por fin Te he encontrado.

La ciudad se me escapa de las manos
cuando salgo a buscarte, Madre mía,
la noche oscura se me vuelve día,
y el frío invierno un dulce verano.

¡Por Ella reinan los reyes, sevillano!
Que no hay excusa para la porfía.
Ay, que si por mí fuera la buscaría
en cada medalla de cada hermano.

Se hacen repique coqueto de campana
los pétalos bordados en tu manto.
Y es que nunca es Sevilla más cristiana

que cuando su dulce pie le borra el llanto.
Así que a la calle, ¡abre las ventanas!
Ven, Sevilla, que María te está esperando.

9. *¿Quién te pidió, que no le otorgases?*

Cuando hace casi dos años estaba haciendo la maleta para irme a Tierra Santa, había tres cosas que no podía dejarme atrás.

El pasaporte, el cuaderno que siempre me acompaña en los viajes, y una estampa de la Virgen de la Salud de San Isidoro que mi hermana Esperanza me había dado el día anterior.

La estampa venía con el encargo de que la paseara por cada rincón por el que nuestro Señor había transitado.

El encargo era hermoso, como todo lo que viene de la mano de mi hermana, pero sobre todo como todo lo que viene de la mano de la Virgen de la Salud.

Eso sí, tenía mucha más enjundia de lo que pensaba.



Virgen de la Salud.
Dibujo realizado por Manuel Barragán Rasero.

Podrán imaginarse que la intención de mi hermana era que esa estampa volviera a sus manos, con toda la fuerza que puede imprimir la fe que los Santos Lugares guardan.

Hasta ahí todos de acuerdo. Pero, ¿y si esa estampa fuera una calle de doble sentido?

Me explico: ¿Y si por cada lugar que yo acariciara con la estampa, queriendo atrapar el amor de Dios, también pudiera derramar pequeños sentimientos de las Glorias de Sevilla?

Impregnar de la felicidad de nuestras Glorias cada piedra del muro de las lamentaciones, cada pequeño oleaje del lago Tibiriades, cada beso que ha ido tallando el espacio del sepulcro de Jesús...

Las Glorias de Sevilla atrapadas en la sonrisa suave de mi Virgen de la Salud fueron pintando de luz cada rincón.

Salud... Salud...

Así lo pensé, y así lo hice. Dejando la fe de mi Virgen sevillana en las calles adustas de Israel.

Y ¿Saben una cosa? aquel gentío del zoco de Jerusalén se me volvió gentío de la Alfalfa.

Y la estampa era su paso dorado cuando la Madre más bonita acuna la pícara sonrisa del Chato cruzando la Plaza camino de su casa en San Isidoro.

Allí, donde se aprende de primera mano lo que es la salud de alma, y la salud de los enfermos.

Y regresamos, y con nosotros regresó la estampa que volvió a las manos de mi hermana como un tesoro.

Y pasaron semanas, pocas. Y el nombre de mi Virgen se volvió cotidiano. Salud, Salud... y entendimos cuánto te necesitábamos, qué importante eras, eres, serás.

Sobre todo en aquellos domingos de incertidumbre, de encierro, cuando escuchábamos la misa que nuestro querido Geraldino⁸ celebraba en la soledad de la iglesia de San Isidoro.

La que gracias a los desvelos de Manolo Vargas⁹ y los de Miguel con el rezo del rosario, nos llegaba a las tristes pantallas de nuestros móviles.

Para recordarnos que no estábamos solas, que allí seguía nuestra casa, y allí estaban los nuestros.

Cuánto consuelo dieron aquellas misas retransmitidas...

8 El padre Geraldino Pérez Chaves, director espiritual de la Hermandad de la Salud, que estuvo retransmitiendo la misa durante el confinamiento.

9 Manolo Vargas, vestidor de la Virgen y guardián de su universo.

El padre Geraldino nos deseaba que la paz del Señor estuviera con nosotros y yo casi podía sentirla en mi pecho.

Paz contra tanto miedo, paz contra tanta tristeza.

Paz y Esperanza porque la Virgen de la Salud cuidaría de nosotros.

De todos, de los que estamos y de los que ya gozan de la felicidad de su abrazo. Aunque qué desasosiego nos ha dejado su marcha... ¿Verdad, Sole?

Salud, Salud, se nos secaba la boca pidiéndote Salud, Madre.

Pero yo hoy no quiero pedirle salud, al contrario, vengo a agradecer la salud, la que has preservado pese a todo.

La de los que hoy estamos aquí, vosotros ahí abajo, escuchándome, y yo, en este atril donde la insensatez de mi querido Paco Vélez me ha traído para pregonaros las Glorias de Sevilla.

Vosotros, nosotros, todos unidos en la inmensurable vocación de la Virgen de Salud.

Sé que tiene el Chato de la Costanilla
la alegría de su gente por la calle.
Y lleva su madre apoyado en el talle
los rezos que se alojan en su capilla.

Los besos de sus hijos en la mejilla
son petaladas, vítores, detalles.
Que se adormecen en el dulce valle
que hace su manto de orilla a orilla.

Por eso de su dulzura me enamoro.
Y reclamo el bálsamo de su quietud
que no hay en el mundo mayor tesoro,

ni hallarás mujer de mayor virtud
búscala sevillano en San Isidoro
que allí vive, y se llama Salud.

Epílogo

Y me voy, me voy ya porque los pies me piden calle.

Me piden bulla, me piden cogermme de la mano de Ángel, mi Ángel y llenarme los ojos de Gloria.

Buscar en la estrechez de la calle la cintura de mi Virgen.

Tropezarme en la bulla contigo, o contigo, o contigo mismo, para decirte: ¡¡Adiós, que nada más que nos vemos en las cosas buenas!!

Porque no me canso de repetirlo, que las Glorias de Sevilla, son las alegrías del Amor de María a su Hijo, derramada en cada uno de nosotros, sevillano.

Que la Gloria está en nuestras vidas, haya o no haya pasos en la calle, pero que si los hay ¡mejor todavía!

Que el bendito estado de Gloria en el que nos sumergimos desde mayo hasta diciembre, tiene un nombre, un nombre que sabe a nardo cuando lo pronuncias, un nombre que tiene destellos dorados cuando sale de tu boca, un nombre que es salvavidas en naufragio, que es abrazo en la soledad, que es consuelo en esos momentos en los que la brújula se pierde y es noche cerrada.

Un nombre que cuando lo susurras te trae el sabor del pan con chocolate de tu infancia, el olor de los besos de tu abuela, que a lo mejor se llamaba Guadalupe, o Nieves, o Desamparados...

O se llamaba Rosario, como me llamo yo, como se llamaba mi abuela, como se llamaba la madre del dueño de mi alegría.

Rosario del Barrio León, de Triana, del Dos de Mayo, de San Julián, o de los Humeros, ¿verdad Ortego?

O Rosario macareno, donde el sueño de un Niño es Sentencia de Esperanza.

Vaya usted a saber el nombre que tiene tu Gloria...

Y si no ponle tú nombre a esta locura, ponle nombre a esta alegría que llega desde Juan XXIII hasta el Parque Alcosa, desde la Candelaria hasta San Andrés, qué todo es Sevilla, hermanos!!

¡Que todo es Gloria!

Aquí vengo, aquí me tienes madre mía.
Arrancando mordazas de recelos,
y retando al blanco de mis cabellos,
rezando como cuando era una niña.

Manos llenas de voces repetidas.
Mis ojos buscando el dulce secreto
por el ángulo burlón de este espejo
viendo caer los destellos de mi vida.

Dime que tú me esperas en la calle,
que todo de lo que yo soñé era cierto,
que todo este gozo en mi pecho cabe,

que soy vasija rota en barro nuevo.
Qué sólo tus manos tienen la llave,
y las Glorias de Sevilla, has abierto.

Este Pregón de las Glorias se pronunció en la Catedral de Sevilla el 8 de octubre de 2021.



Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla

